

Donostia 1813-2013 (Declaración del Bicentenario)

Un mundo común, base de la verdad contra la guerra.

Vivimos una época en la que por doquier se alza un clamor universal en favor de la paz, mientras surgen, paradójicamente, más guerras que nunca. Muchos defensores de las políticas armamentistas siguen pensando que las guerras siempre se plantean como un medio para obtener la paz. Sin embargo, hoy más que nunca, la doctrina de asegurar la paz mediante la guerra, como coartada o razón de fondo, está más que cuestionada. Se podría incluso decir que las guerras se han convertido en un fin en sí mismo. Detrás de ellas hay demasiados intereses geoestratégicos, económicos y políticos como para pensar que todas encierran siempre una causa justa.

Siempre ha habido quien ha justificado las guerras. No hace falta recorrer la historia y las guerras de las antiguas civilizaciones, las medievales, las guerras de religión, las de los imperios europeos o las grandes colonizaciones del mundo, hasta llegar a las más crueles y virulentas del siglo veinte, para darnos cuenta de que han sido siempre el agujero negro por el que los poderosos se han ido apropiando de la vida, las historias, los territorios y los recursos de las colectividades más débiles.

El mundo global, a pesar de que se haya hecho uno, aparece ante nuestros ojos como un paisaje fragmentado, enzarzado en conflictos permanentes: entre culturas, entre legalidad e ilegalidad, entre expectativas de vida y amenazas para la misma. Nos separan las religiones, las comunidades de nacimiento, nos separa el miedo y los modos de producción que nos obligan a ser competidores con nuestra propia vecindad. La globalización feliz proclamada por la ideología dominante muestra así su cara violenta y se nos ofrece ahora como un mundo en guerra, un sistema en crisis y un planeta permanentemente al borde de la catástrofe medioambiental.

Por eso, la tendencia hoy es construir nichos de seguridad, bien en forma de privilegios, o en forma de ideologías e identidades estables y cerradas. Queremos, a toda costa, asegurar nuestro espacio vital como un pequeño reino de confort y felicidad aparente, pero de espaldas a la cara más amarga del mundo, sin darnos cuenta de su fragilidad. El espacio del “nosotros” se nos ofrece hoy como un refugio o como una trinchera y no como un sujeto emancipador.

Existe una gran diferencia entre una política que tiene como único objetivo la impermeabilidad, para los individuos y para las naciones, y una política que acepta que siempre somos permeables. Si entendiéramos que somos vulnerables, podríamos pensar de modo distinto y ver las fronteras personales y políticas no como barreras a defender, sino como lugares de paso, modos de transacción y espacios en los que se produce la interpenetración cultural y social.

Nunca tanto como hoy, los derechos universales y las llamadas a la paz han resultado proclamas privadas de todo significado real.. Nunca tanto como hoy, el derecho a la vida ha sido tan traicionado y desmentido por millones de personas desposeídas de sus recursos vitales, refugiadas, muertas de hambre, enfermedad y guerra en gran parte del mundo. Cuantos más frutos envenenados produce la globalización, el último de los cuales es esta dramática crisis económica, más parecen cerrarse las fronteras. Se empieza declarando “enemigo” al de fuera y se acaba buscando al “enemigo interno”.

En nuestra historia, la guerra, saqueo y destrucción de San Sebastián en 1813, así como en la más reciente y todavía en la memoria, las grandes y pequeñas guerras del siglo XX y XXI, con su topografía simbólica, Gernika, Auschwitz, Hiroshima, o el terrorismo y la violencia sufrida en nuestro pueblo, representan el gran corte, la quiebra absoluta de cualquier idea de progreso y libertad.

Contra ese horror que nos muestra la peor cara opresora de nuestra humanidad, nos queda la belleza de la solidaridad, la sabiduría del bien común y la fuerza de la ética universal que nos proponen el ideal de una sociedad justa y equitativa.

El sí a la paz y no la guerra, no es sólo una elección moral, sino de vida contra la muerte. Entre guerra y paz hay una elección de vida. Desde esta actitud se vislumbra un horizonte de futuro que nos propone, más allá de una estricta posición contra la guerra, una reconsideración más amplia y respetuosa de la relación entre géneros, una vida en armonía con la naturaleza, la defensa de los derechos civiles universales o la desobediencia ante la injusticia, como formas transversales de organización social para corregir el orden mundial imperante.

Por todo ello, el Ayuntamiento de San Sebastián, en el Día Internacional de los Derechos Humanos y en el marco de la celebración del “Bicentenario” de la reconstrucción de la ciudad, manifiesta su vocación a trabajar en formas de cooperación y respeto entre iguales y diferentes, que impulsen la diversidad y el pluralismo, la igualdad democrática frente a la jerarquía autoritaria, la libertad y la autonomía personal contra la sumisión y la subordinación impuesta.

La Ciudad de San Sebastián se declara, en definitiva, contraria a la violencia, el militarismo y la guerra y defensora de una cultura del reconocimiento mutuo, la convivencia y la paz. Asimismo, acuerda una resolución solemne e institucional de renuncia a la guerra como instrumento para resolver los conflictos, e invita al conjunto de la ciudadanía, colectivos sociales e instituciones a pronunciarse en el mismo sentido.

Comisión de Derechos Humanos del Ayuntamiento de Donostia/San Sebastián.

30 de octubre de 2013.